LA INSERCION DE UNAMUNO EN EL CRISTIANISMO: 1897

POR

ARMANDO ZUBIZARRETA

Al P. Charles Mœller, prolongando nuestro diálogo.
Al profesor Alonso Zamora Vicente, con mi hondo afecto.

Don Miguel de Unamuno y Jugo nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864 y murió en Salamanca el último día de 1936. Fué un español dedicado a las tareas intelectuales. Mostraba en su vida y obra una clara y fundamental preocupación religiosa. Creo que, en principio, estas observaciones no están sujetas a polémica.

Como todo hombre, vivió comprometido con su mundo histórico, ajeno al cual no se le puede estudiar. Pero tampoco se le puede poner en relación primera con su época en otro aspecto que no sea el de su más íntima preocupación. Sólo este enfrentamiento metódico, la mayor parte de las veces olvidado, puede descubrir el sentido auténtico de sus elecciones en la faena de realizar su vida construyendo su mundo y su persona.

Se observa en Unamuno una reiterada contraposición en la Europa de su época. Su constante enfrentarse a Nietzsche, a quien conocía casi sólo a través del ambiente; su airada polémica contra el cientificismo positivista, su lucha contra el materialismo histórico, su desprecio del progresismo, del esteticismo y de la *joie de vivre,* si se mira rápidamente al Unamuno que aparece en sus obras hoy a nuestro alcance, es suficiente, creo, para contraponerlo al horizonte del humanismo ateo de la época que le tocó vivir. La corriente central del pensamiento contemporáneo europeo de la época es el poderoso caudal contra el que lucha Unamuno. Esta observación obligaba a considerar que su actitud partía de unos supuestos cristianos: que, en su época, entre apenas unos cuantos cristianos europeos preocupados, era consciente de los valores que estaban en juego y de la necesidad de dar respuesta, sin eludir ninguna, a sólidas y peligrosas corrientes de pensamiento y vida.

Dostoyewski se había sobrecogido de terror ante un Cristo de Holbein, abandonado a la descomposición. El Cristo yacente de Santa Clara, en Palencia, terrible despojo humano, hace temblar a Unamuno. Este es el impacto que recibe un cristiano ante la realidad de la muerte de Cristo en un siglo que niega a Dios y que pretende matarlo. *Dios*

ha muerto era la gozosa comprobación histórica de Nietzsche y la expresión de su voluntad antiteísta, deicida. Unamuno opone con desesperada esperanza, en España, *Resucitemos a Dios* (1), expresión de su heroica voluntad religiosa y testimonio vivo de la presencia viva de Dios en el siglo. Implora, en su meditación ante el Cristo de tierra de Santa Clara: "Y tú, Cristo del cielo, redímenos del Cristo de la tierra" (2). Unos meses más tarde empezaba a escribir su honda oración poética *El Cristo de Velázquez* (3). Y Unamuno, haciendo de su nombre, Miguel —¡quién como Dios!—, un nombre de batalla (4), se enfrenta a lo que llamaba la *inquisición atea* de la época, consciente del ridículo histórico —y escándalo perpetuo— de la *locura de la Cruz*.

No se puede desconocer, sin embargo, el radical humanismo ateo de Unamuno de 1882 a 1886, y aun, en otro aspecto, hasta mayo (?) de 1895. Este período, sin embargo, permanece hasta hoy casi desconocido (5). Pero precisamente un estudio serio de Unamuno me obliga a fijar, tras dos años de *antesala* (6), el año de 1897 como fecha clave de su *inserción* definitiva en el cristianismo. Y en mis investigaciones documentales, gracias a la Providencia, logré descubrir el documento fundamental para el estudio del proceso religioso de aquel año. Con el *Diario*, de 1897, la mejor voz de don Miguel vino a consolidar una larga tarea de dos años.

En el presente artículo se trata de datar el estallido de la crisis y se ofrece una descripción externa y una historia del *Diario*, el estudio de

---

(1) Al concluir su prédica de una cruzada para rescatar el sepulcro de Don Quijote, Unamuno trascribe lo que un amigo —él mismo para dar la clave de su obra— le había escrito proponiéndole "ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y deístas, que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada" (en *Ensayos*, Madrid, Aguilar, 1951, tomo II, p. 82). Comprendía que el humanismo ateo al "aniquilar" a Dios había aniquilado *al hombre*: "Lo que han hecho con nosotros, Diosito, necios los hombres; / apenas nos han dejado, puras sombras, nuestros nombres" (*Cancionero*, Bs. As., Losada, 1953, p. 148). Unamuno, con heroísmo inactual, ridículo e incomprensible para el creyente ingenuo de su época, decía: "En nombre del Santo Nombre / proclamaré Dios a Dios; / luego en nombre de los dos / he de firmarlo: Yo, el Hombre" (*Ibid.*, p. 293).

(2) *Andanzas y visiones españolas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, p. 270.

(3) Este poema, de rica cristología paulina, nace a consecuencia del poema en prosa al Cristo yacente de Santa Clara (*Ibid*, p. 223).

(4) Véase, por ejemplo: "No serviré, Señor / llevo la luz!" Luzbel // "Te serviré en amor; / ¿quién como Dios?" Miguel. (*Cancionero*, p. 186). Esta breve introducción es resumen de un trabajo que tengo preparado sobre el tema.

(5) En prensa, mi artículo *Una desconocida "Filosofía Lógica", de Unamuno*.

(6) En prensa, *Desconocida antesala de la crisis de Unamuno: 1895-1896*.

las personas y de los factores que intervinieron en la crisis y el proceso de incubación de ella.

Hubiera querido añadir, por razones personales, al final de este artículo una brevísima exposición del *Diario* y unas cuantas conclusiones. Pero no me atrevo, y menos en esta exposición detallada, a convertir en una serie de afirmaciones el riquísimo contenido del documento y mi modesta labor de algunos años. Me someto a las exigencias de honradez, paciencia y humildad que el trabajo científico impone. Y en la tarea tan delicada que me ha tocado en suerte no me resigno a escandalizar a la crítica con unos cuantos enunciados.

Es cierto que la crítica pudo haberse acercado con mayor éxito al problema religioso de Unamuno con los materiales de que disponía antes de la aparición del *Diario,* importante y revelador documento que no fué objeto de minuciosa búsqueda. Sin embargo, su desconocimiento es, en algún modo, disculpa. Hizo falta en las investigaciones una más atenta consideración de los fenómenos históricos del siglo XIX europeo y sus modalidades españolas para entender mejor la personalidad concreta de Unamuno. Había que investigar mucho más en su mundo histórico y en sus experiencias antropológicas, para tratar de esbozar con fidelidad el perfil de su figura y el contenido de su obra. Sólo después de esta tarea se podían señalar los auténticos límites filosóficos y teológicos de su mensaje (7). La comprensión histórica de la época y del hombre fué deficiente. Espero fundadamente que la labor del P. Charles Mœller entregará, como fruto de la inteligente orientación teológica e histórica de su obra, riquísimas perspectivas que seré el primero en aprovechar concordándolas con mis investigaciones. En la crítica unamuniana —juzgo como católico— ha hecho falta, en más de una oportunidad, una mayor caridad, virtud que funda la ciencia del cristiano. Por ello mismo, ya lo he dicho, no quiero, con afirmaciones sucintas, poner en riesgo la caridad ni crear polémicas ganadas por el orgullo. Estas no harían sino impedir la comprensión. Espero poder ofrecer algo más tarde, aunque todavía antes de lo que hubiera querido, un trabajo sobre el contenido mismo de la crisis de 1897, que se halla casi terminado y del que este artículo es parte inicial. Obligado a adelantar mis trabajos sólo entregaré aquellos que considere en algún modo maduros y necesarios.

---

(7) La inclusión de las obras *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del cristianismo* en el *Indice* obliga al intelectual católico, sobre todo, una mayor seriedad y responsabilidad al enjuiciar la obra de Unamuno. Y precisamente le permite trabajar con una mayor caridad para dar testimonio de su espíritu cristiano.

I. Datación de la crisis.

El estallido de la crisis religiosa de 1897 debió tener lugar en los días inmediatamente anteriores al 23 de marzo de aquel año. Aquel día el P. Juan José Lecanda fechaba en Alcalá de Henares una carta de contestación a Unamuno haciéndose cargo de su situación espiritual e invitándolo a pasar la Semana Santa de aquel año a su lado. Las características externas del documento revelan el apresuramiento con que fué escrito. El espíritu sacerdotal de Lecanda, la amistad que los unía y la importancia del sujeto que padecía la crisis obligaban a una respuesta inmediata. Una carta de Leopoldo Gutiérrez a Unamuno, fechada en Bilbao el 31 de marzo de 1897, revela que había transcurrido una semana desde que este corresponsal había recibido la carta portadora de la confesión (8).

II. El "Diario" de 1897.

Desde el año 1944, en el que se publicaron las cartas de Unamuno a Juan Arzadun, se disponía de una noticia sobre la existencia de este valioso documento. La carta, fechada el 30 de octubre de 1897, que tenía confidencias sobre la crisis religiosa de aquel año —repetidamente utilizadas por los críticos—, decía: "Pero todo esto es muy largo, larguísimo de contar y tal vez algún día te deje los cuadernos en que desde hace siete meses anoto cuanto se me ocurre, y pienso, y siento, y descubro en mí" (9). Don Miguel especificaba claramente la clase de documento al que se refería, pues en la misma carta se-

(8) (Siempre que en nuestro trabajo no se haga referencia de edición, considérese inédita la carta citada.) A fijar la fecha hacia mediados de marzo nos llevaría la hipótesis asentada sobre las cartas de Urbano González Serrano a Unamuno, fechadas el 3 y el 14 de marzo de 1897 y el 29 de octubre de ese mismo año, pero las características de las cartas no ofrecen garantía para tratar de establecer precisiones (Vid., nota 58). Rafael Altamira había recibido noticias el 26 de marzo (Carta a Unamuno, Alicante, 31 de mayo de 1897). *Cf.*, Carta sin fecha de Unamuno a Emiliano Arriaga, contestación a una de 8 de octubre de 1897: "desde marzo en que pasé por una amarga crisis íntima" (en *Bol. del Inst. Americano de Estudios Vascos,* Bs. As., abril-junio de 1955, vol. VI, número 21); carta a Arzadum de 30 de octubre de 1897 (en *Sur.*, Bs. As., set 1944, núm. 119, p. 54). La carta a Jiménez Ilundain, fechada el 25 de mayo de 1898 (Benítez, Hernán, *El drama religioso de Unamuno,* Bs. As., 1949, p. 268 (en adelante, *EpJim.)* nos llevaría a mayo de 1897, *Cf.*, Sánchez Barbudo, Antonio, *La formación del pensamiento de Unamuno. Una experiencia decisiva: La crisis de 1897.* En *Hispanic Review,* Philadelphia, julio de 1950, vol. XVIII, p. 223, nota 9. (En adelante, *SB.)*

(9) En *Sur,* núm. 119, p. 54.

ñalaba: "En mi diario de estos meses tengo cantera para muchos artículos" (10).

Poseemos los cuatro primeros cuadernos del *Diario* contenidos en libretas en octavo, de tapas de hule negro, con la clásica palabra ***notas*** impresa en las cubiertas, numeradas en romanos por el autor. Los dos primeros constan de 100 páginas manuscritas y los últimos de 96, paginados todos por don Miguel. Las características de los cuadernos, la letra y el contenido no ofrecen lugar a dudas sobre la atribución y la época a que pertenecen (11).

Existe un quinto cuaderno que aún no ha sido posible hallar. Leopoldo Gutiérrez acusaba recibo de cinco cuadernillos en tarjeta postal de 4 de enero de 1898, y en carta a Unamuno, fechada en Bilbao el 12 de enero de 1901 vuelve a señalar la misma cifra. Además, entre las papeletas preparatorias de la meditación evangélica *El reinado social de Jesús,* aparecen anotaciones que aluden a este quinto cuaderno perdido. La temática señalada en la nota es la misma que se puede encontrar en los cuadernos conocidos:

> "Mi reino no es de este mundo. No ruego por el mundo... v. cuadernillo V, 62 y pasajes del *Mundo, Cristo, Intestinas.*
>
> ... ...
>
> Odio al criminal, V. cuad. V, 93. No basta hacer el bien, hay que ser bueno, cuad. V, 87 y otras. *Perdónanos nuestras deudas,* cuad. V, 76" (12).

Revisando las fechas que contienen los cuadernos y atendiendo a sus referencias de lugar, se deduce que el *Diario,* posiblemente, se empezó a escribir en Alcalá de Henares, quizá unos días antes del 14 de abril de 1897 (13). Unamuno debió volver hacia el 20 de abril a Sala-

---

(10) *Ibíd,* p. 57.

(11) Véase mi noticia *Aparece un Diario inédito de Unamuno* en ***Mercurio Peruano,*** Lima, abril de 1957, núm. 360, p. 182-189. Al entregar aquella noticia no habría aparecido todavía el tercer cuaderno. Unos meses más tarde apareció encima de unas estanterías en la trastera de la Casa Museo de Unamuno, en Salamanca. En adelante citaré *MP.* Citaré el *Diario* por la sigla D.

Estoy preparando la edición crítica del *Diario* para una futura publicación. Colaboran en la tarea el P. Charles Mœller y don Manuel García Blanco. Mientras tanto, se busca el cuaderno quinto para poder ofrecer el texto íntegro.

(12) Rectifíquese en *MP.,* p. 186 y nota 4 de la misma página.

(13) Debió ser cumplida la orden de no escribir mientras estuviese en Salamanca, que aparece en la carta de Lecanda de 23 de marzo. Rectifíquese en *MP.,* p. 185. Referencias a Alcalá aparecen en el *Diario (D.,* I, 20-21 y 96) Cf. Carta de Valentín Hernández a Unamuno, 18 de abril de 1897 y carta de L. Gutiérrez a Unamuno de 20 de abril de 1897. Los diarios aludieron a la "conversión" de Unamuno y a su estancia en Alcalá.

En el *Diario* no existe referencia alguna al año, pero se alude a una carta

manca para reanudar sus labores docentes. La redacción del *Diario,* quizá desde la página 95 del primer cuaderno, debió continuarse en Salamanca. El cuaderno cuarto contiene hasta los últimos días de mayo. Probablemente el cuaderno desaparecido contiene los primeros días de junio, o escrito, quizá, con menos tensión espiritual debe contener en sus páginas todo lo escrito hasta fines de octubre, según se desprende de la carta que en aquellos días Unamuno escribió a Juan Arzadun.

El *Diario* de 1897 fué conocido por algunos amigos del autor. Se ha tratado de reconstruir esta historia y se encuentran los siguientes datos (14):

Jaime Brossa escribía a Unamuno el 13 de junio de 1897: "Con qué gusto leeré su *Diario.* Mándemelo cuanto antes mejor." No sabemos, sin embargo, si lo recibió. El 3 de agosto de 1897, José García Galdácano aceptaba: "Mándame cuando quieras tu *Diario*; lo leeré con una doble satisfacción." Tampoco sabemos si llegó a leerlo.

Es posible que Unamuno hubiese prometido prestarlo a Pedro Corominas, pues el 27 de septiembre de 1897 Corominas le escribía: "No son esas angustias de la muerte que usted me ha prometido dejarme leer un día historiadas..." Y el 30 de octubre de aquel año, Arzadun recibía la vaga oferta de conocerlos algún día (15).

Vicente Colorado se enteró por Juan Barco de la existencia del documento y lo pidió en préstamo a Unamuno. Más tarde acusaba recibo del *Diario* precisando en su carta: "que no lo leerá ni verá nadie, nadie más que quien usted quiera, se lo aseguro". Como las cartas de Vicente Colorado carecen de fecha, ignoramos en qué momento solicitó el *Diario* y cuándo lo recibió.

---

de L. Gutiérrez, que inequívocamente es la de 20 de abril de 1897 *(D.,* I, 95 y ss.). La primera referencia cronológica que aparece es el Miércoles Santo *(D.,* I, 45), que aquel año fué 14 de abril. La última señala 28 de mayo *(D.,* IV, 72).

(14) Tras larga *antesala,* Unamuno recibió el impacto de la crisis. Abandonando su vieja timidez, dió a conocer su proceso espiritual llevado no sólo de una necesidad psicológica, sino de un fundamental sentido apostólico. No puede pensarse en una exhibición tras el desengaño de alcanzar la fe, como suponía el profesor Sánchez Barbudo al hablar de los productos literarios de la crisis. Este investigador plantea, para probar el ateísmo de Unamuno, un falso dilema, que en algún otro sentido sí puede existir entre la fe de Unamuno y su oficio de escritor. En la carta de 30 de octubre de 1897, escrita a Arzadun, Unamuno sólo habla de una *reserva temporal* de algunos frutos de la crisis para evitar no la *literatura puesta al servicio de una misión,* sino el literarismo. En carta de 25 de mayo de 1898 Unamuno declara a Jiménez Ilundain *cumplir un deber y seguir una necesidad íntima de su espíritu* (Cf., *SB.,* p. 224-226. Es necesario leer enteros los documentos utilizados en el trabajo citado)

(15) *Sur.,* 119, p. 54.

Timoteo Orbe, en carta fechada en Sevilla el 25 de noviembre de 1897, acusaba recibo de los cuadernos: "Se me quedan por decirle mil cosas que me ha sugerido la lectura de sus cuadernillos, preciosos documentos íntimos, verdadera confesión, por cuyo envío le estoy infinitamente agradecido." En esta misma carta observaba: "No hay remedio, V. es un esteta: los pasages *(sic.)* más hermosos de sus cuadernillos son aquellos en que se presenta V. como continuador de la bella mística castellana; literatura, amigo Unamuno, literatura."

Desde Barcelona, José María Soltura solicitó la lectura del *Diario:* "Gustaríame conocer su *Diario,* pero sentiría que, por satisfacer mi deseo, se perdiese al venir o al volver. Así es que puede usted hacer lo que guste; yo salvo con esta advertencia mi responsabilidad." El matasellos de la tarjeta postal sólo permite leer día y mes, 4 de diciembre. En una tarjeta postal sin fecha acusa recibo de los "cuadernos". Y, desde Barcelona, el 30 de diciembre de 1897, escribía a Unamuno: "Uno de estos días, querido Miguel, recibirá usted sus *Memorias.*"

En carta sin fecha, anterior al 23 de diciembre de 1897, Leopoldo Gutiérrez expresaba su deseo de recibir los cuadernillos que don Miguel le había anunciado. En tarjeta postal del 4 de enero de 1898 decía: "Recibí sus cinco cuadernillos." En carta de 9 de enero de aquel año comunicaba a don Miguel que estaba leyendo el *Diario* y que se lo devolvería lo más pronto posible. Los comentarios de Leopoldo Gutiérrez sobre este documento se hallan en carta a Unamuno fechada el 31 de julio de 1898. Como disculpa por la demora le decía:

> "Desde que recibí sus cuadernos, me parece que estoy con V. y le hablo todos los días, o mejor que V. me habla con tanta sinceridad, que casi se avergüenza uno de no haber llegado a hacerlo así nunca con nadie."

Leopoldo Gutiérrez, espíritu lleno de comprensión, poseedor de una auténtica sensibilidad religiosa, hacía este hermoso comentario sobre las páginas leídas:

> "Cuando recibí sus cuadernos y empecé a leerlos y vi toda su importancia, me conmoví mucho. No, no puede darse mayor prueba de afecto a una persona que el que me ha dado mandándome sus cuadernos *(sic)*. Sin embargo, creo que es peligroso hacer tales confianzas. Andese con cuidado, sobre todo con literatos.
>
> Me han interesado mucho, muchísimo. Qué lucha tan horrible supone ese batallar sin tregua entre el hombre viejo que se obstina en vivir y que no quiere ceder el puesto al nuevo; y sobre todo qué encarnecimiento por *(sic)* poner de relieve sus flaquezas empeñado en mirarlas con cristal de aumento.

Mucho ha sufrido usted y mucho le queda aún por sufrir. No he encontrado en ellos ni una nota alegre en medio de tanta tristeza."

El 12 de enero de 1901 el *Diario* estaba aún en poder de Leopoldo Gutiérrez, según se desprende de una carta escrita a don Miguel en dicha fecha. En una nota adjunta (?) ofrecía a Unamuno: "En cuanto a sus cuadernillos espero dárselos a V. personalmente cuando venga. De no venir, dígamelo para que se los envíe."

No se puede precisar la fecha en que los cuadernos del *Diario* volvieron a las manos del autor. Los cuidaría, más tarde, celosamente, como cuidaba sus papeles, entre los que sólo él —y no siempre— se entendía (16). Muchos años más tarde, en 1927, desterrado voluntariamente en Hendaya, sospechó que durante su ausencia su hijo Fernando y su hija Salomé habían descubierto el *Diario*. Conmovido por la sospecha, en una carta de confidencias íntimas de tipo religioso, inusitada revelación a la familia, el día 3 de marzo de 1927 escribía a su hija Salomé: "Sé que tu hermano Fernando, y acaso tú misma, habéis huroneado en cuadernillos que tuve que dejar en casa y que guardé celosamente" (17). Estas líneas, aun pensando en la posibilidad de otros diarios anteriores, las creo referidas al *Diario* de 1897.

III. Personas y factores que intervienen en la crisis.

1. *Raimundo Jenaro de Unamuno.*

Para comprender la crisis de 1897 es fundamental conocer la dolorosa preocupación de Unamuno por su hijo hidrocéfalo Raimundo Jenaro. El niño nació el 7 de enero de 1896 y murió, tras siete años de inconsciente agonía, en 1902 (18).

Para comprender cómo se insertaba esta desgracia en el espíritu de Unamuno es necesario sacar a la luz unas fantasías literarias del autor escritas entre 1880 y 1889 (19). En una de las cartas que cam-

---

(16) Unamuno a su hijo Pablo, París, 23 de junio de 1925.

(17) El paradero del *Diario* fué ignorado por críticos y familiares. Hablaba de él Juan Marichal en su artículo *La originalidad de Unamuno en la literatura de confesión (La Torre,* Puerto Rico, 1954, núm. 8, p. 25-43). Sé que Federico de Onís, discípulo de don Miguel, preguntó inútilmente a la familia por el paradero del *Diario*.

(18) Véase en el archivo de la parroquia de San Boal, hoy en la parroquia de San Juan de Sahagún, de Salamanca, el libro de bautismos, I, folio 346 vlto.

(19) En una libreta en octavo existe inédito un epistolario entre Juana y Enrique. Contiene 13 páginas numeradas por mí. Consta de cuatro cartas de Enrique y dos de Juana. En las cartas aparece el año así: 188..., en cifra incompleta.

bian dos personajes de ficción —Enrique y Juana— Enrique cuenta que ha asistido al entierro de un niño. La descripción del cadáver del niño está realizada con un macabro —y romántico— realismo. Y Enrique cuenta a su amada que esa noche soñó que la tenía abrazada y que en el sueño ella se convirtió en un cadáver (20). Quizá todo el mundo de preocupaciones de Unamuno por la muerte propia y la muerte de los seres amados, su angustia ante la fatal caducidad del amor, aparecen mucho más claros en este párrafo inédito dedicado a Concepción, su novia:

> "Una noche bajó a mi mente uno de esos sueños oscuros, tristes y lúgubres que no puedo apartar de mí que de día soy alegre. Soñé que estaba casado, que tuve un hijo, que aquel hijo se murió y que sobre su cadáver, que parecía de cera, dije a mi mujer: "¡Mira nuestro amor, dentro de poco se pudrirá; así acaba todo!" (21).

El temor de morir que sentía Unamuno desde muy niño —y que sintió por diversas causas durante toda su vida—, y el temor de que muriese la amada, están simbolizados, en parte, por el hijo muerto. Este significaría, con terrible símbolo, la frustración de los entrañables frutos humanos. El amor estaba limitado por la muerte. Los frutos del amor —el amor hecho carne como camino a la inmortalidad auténtica que deseaba— también lo estaban en el común destino humano de morir.

Es fácil comprender el tremendo impacto que sufrió Unamuno cuando la muerte entró en su hogar hiriendo al fruto de su amor. Todo su viejo terror se sentía exacerbado por la dolorosa realidad. Y no llegaba la muerte improvista y rápida, sino que estaba allí, con constante y fría presencia, acechando al inconsciente niño hidrocéfalo.

Según recuerda la familia, pocos meses después de nacer Raimundo sufrió una meningitis. Consecuencia de ella, probablemente, fué la hidrocefalia (22). La primera noticia que tenemos sobre "preocupaciones familiares" de Unamuno nos la ofrece una carta de Timoteo Orbe a Unamuno fechada el 5 de mayo de 1896. Quizá respondiendo a confidencias sobre el estado de salud de Raimundo, aludía a las "desventuras de familia" de don Miguel. El estado del niño debió agravarse hacia finales de año, según se desprende de la carta de Mario Sagarduy a Unamuno escrita el 10 de noviembre de 1896 (23).

---

(20) Carta de Enrique de 27 de enero (p. 8-10).

(21) No se puede precisar la fecha, pero debió ser escrito antes de 1891.

(22) Agradezco al profesor Luis S. Granjel las precisiones médicas que me hizo al consultarle el problema.

(23) Antes del 14 de marzo Unamuno había escrito a Urbano González Serrano hablándole del valor del sacrificio en la política. Este corresponsal

No se sabe si Timoteo Orbe había deducido por sí mismo las relaciones que expone en su carta a Unamuno, de 27 de junio de 1897, o había recibido confidencias precisas de don Miguel. Aunque su análisis pretende descalificar la autenticidad del proceso religioso de Unamuno, es indudable que observa los hechos mismos con extraordinaria precisión:

> "No creo que ha hecho V. con absoluta libertad lo que ha hecho. Creo que la obsesión de su pobre hijo enfermo ha revuelto lo más hondo de su espíritu; el atavismo ha hecho de las suyas al verse un momento libre de los frenos que la inteligente razón de V. le impuso. Yo pienso en la enorme tristeza que ha debido invadir a V. con el triste espectáculo del infeliz ser herido en la cabeza, la pesadumbre constante de esa desgracia, sonando sin cesar en su corazón, como una gota de agua en perenne caída. Hay para enloquecer, y V. ha enloquecido como enloquecen los buenos, haciéndose mejor" (24).

Una especie de confesión indirecta puede espigarse en una carta que Unamuno escribe a su amigo Mario Sagarduy tratando de consolarlo por la pérdida de un hijo pequeño el 29 de mayo de 1897.

> "Lo terrible debe ser verlos sufrir y luchar con la muerte. Una vez que descansan empieza tu descanso. El dolor que te quede será otro dolor, más sereno y más fructuoso.
>
> Creo que conviene que visite la muerte nuestra casa, pues así nos despierta y nos enseña que sólo a luz de ella se ve claro en la vida. Considera ahora que has de seguirle un día y procura hacerte digno de él y de su compañía, niño como él" (25).

---

le respondía el 14 de marzo de 1897: "tampoco entiendo con V. que todo Martirologio es eficaz". ¿Pensaría Unamuno en el valor del sufrimiento en general y, concretamente, en el valor del sufrimiento de su hijo en relación con sus procesos espirituales? Esta sospecha surge al leer la carta sin fecha de Leopoldo Gutiérrez a Unamuno, escrita probablemente después del 16 de mayo de 1897 y antes del 23 de diciembre de 1897. Don Miguel había hablado, quizá en el verano de 1896 que pasó en Vizcaya, de la sustitución mística del sufrimiento.

(24) Se habla del niño enfermo en carta de Leopoldo Gutiérrez a Unamuno, 31 de marzo de 1897. *Vid.* Avelino Lizárraga a Unamuno, 10 de diciembre de 1897. En febrero de 1938, Pedro Corominas pondrá en relación, aunque bajo los moldes de su deficiente interpretación, la desgracia de Raimundo con la crisis (Cito por traducción española: *El trágico fin de Miguel de Unamuno*, en *Atenea*, Santiago de Chile, julio de 1938, XLVIII, p. 101-114. *Vid.*, V, p 110. En adelante *Cor.* Véase mi artículo en prensa: *Miguel de Unamuno y Pedro Corominas (Una interpretación de la crisis de 1897).*

(25) Sagarduy le escribía el 3 de julio de 1897: "Yo que creo conocerte un poco he visto en ti una doble superioridad en todas las cosas; sabiendo cuánto quieres a tus hijos y sosteniéndote en medio de tu pena grandísima por el pobre Raimundín con una serenidad tan grande como la fortaleza de tu

El texto es sumamente valioso, no sólo porque revela cómo don Miguel sufría con la lenta e inevitable muerte de Raimundo, sino porque puede explicar, en parte, la manera en que se estructuran sus preocupaciones en la crisis de 1897. La inevitable muerte del niño, permanente presencia desasosegadora, exacerbaría la conciencia de su propia muerte. Necesitaba apelar a la inmortalidad para no perder al fruto de su amor. Sólo podía vencer a la muerte en el terreno de la fe. Y conquistar la fe era, para Unamuno, volver a la fe de su infancia.

Hace falta analizar en otros documentos el carácter de símbolo que adquirió el niño enfermo considerado desde la aventura intelectual unamuniana y desde su concepción de la existencia.

El 3 de marzo de 1927 don Miguel escribía, desde Hendaya, a su hija Salomé: "Guardo siempre en mi cartera un retrato que hice, a lápiz, de tu hermanito, nuestro primer Raimundo, y ese misterio de una agonía inconsciente de siete años me ha hecho meditar mucho" (26). Esta declaración nace de las reflexiones que lo acosaban en 1897. En el *Diario,* Raimundo aparece simbolizando, con su enfermedad, el intelectualismo que don Miguel había padecido. Tras observar que la enfermedad del intelectualismo, como la locura o la idiotez, es terrible por cuanto el enfermo no conoce su propio mal y vive despreocupado y feliz, anota: "No hace más que reírse Raimundín" (II, p. 24-25). Raimundo tenía paralizada una mano. Don Miguel describe en el segundo cuaderno del *Diario* un despertar angustiado de su período de crisis. Al despertar se había encontrado con una mano dormida y se había apresurado a moverla y tocarla preocupado de si la tenía muerta, de si la muerte le venía por ella (II, 6). Más adelante, Unamuno anota que asistió, en Calzada, al entierro de una persona que había muerto de parálisis. "Yo pensaba en la parálisis espiritual", confiesa *(D.,* III, 10).

En 1900 Unamuno, hablando de su obra *Paz en la guerra,* escribía a "Clarín": "¿Que es un hijo defectuoso de mi espíritu? Tengo a diario ante la vista uno de mi carne defectuoso también, un pobre hijo hidrocéfalo, y bien puedo sufrir el otro tormento" (27). El sentir en alguna manera frustradas sus esperanzas en las dos vías —car-

---

ánimo. Quisiera ser como tú, pero no puedo, a pesar de mi empeño firmísimo y de mi voluntad de acero."

(26) En la cartera de don Miguel se conservan dos retratos: uno de perfil y otro de frente; en este último aparece, a un lado, dibujada la mano paralizada. Están hechos a lápiz y retocados a tinta. Tambibén se encuentra junto a ellos un poema inédito al hijo enfermo. El segundo Raimundo de la familia es don Rafael de Unamuno.

(27) Carta de 9 de mayo *(Epistolario a Clarín,* Madrid, Escorial. 1941, p. 98-99. En adelante *EpCl.).*

ne y espíritu—, para conseguir la inmortalidad auténtica, para merecerla dentro del sentido de su *moral de batalla,* aparece claramente, en un momento de desaliento, en estos dos motivos reunidos. Véase ahora si se puede precisar un último sentido de este tormento unamuniano.

Posiblemente el poema *En la muerte de un hijo* (28) nace de su dolor por la muerte de Raimundo. Sin embargo, este poema no tiene la poderosa intimidad y el valor de uno que llevaba don Miguel en su cartera junto con los retratos, hechos por él, de Raimundo. Raimundo era el "ángel encarnado en la materia", que vivía "reclamando conciencia". Todos los valores existenciales y sobreexistenciales que Unamuno concebía en estrecha articulación aparecen en esta imagen. El hombre, preso en su condición humana, reclamando una conciencia capaz de postular la inmortalidad, está presente. Y hay unos versos de este poema que hablan de la más íntima angustia de Unamuno ante el silencio de Dios: "Pero en mí se quedó y es de mis hijos / el que acaso me ha dado más idea / pues oigo en su silencio aquel silencio / con que responde Dios a nuestra encuesta."

Raimundo Jenaro, nacido en enero de 1896, va a acelerar el proceso espiritual de Unamuno, que culminará en marzo de 1897. La gavedad de su dolencia, en noviembre de 1896, intensificó la preocupación religiosa de Unamuno. Esta pobre criatura había venido a plasmar en dolorosa realidad los viejos temores de Unamuno. La presencia de la muerte se había hecho real, había cobrado forma visible en el hogar de don Miguel. Aparecían evidentes la caducidad personal, la caducidad del amor, la caducidad de los entrañables frutos del amor. La inmortalidad de la carne aparecía brutalmente contradicha. Esta ineludible presencia de la muerte obligaba a apelar a la fe para poder salvar la auténtica inmortalidad. Dentro del providencialismo de Unamuno era una especie de castigo del cielo por sus años de alejamiento de la fe, por su timidez de 1895. La inconsciencia del pequeño hidrocéfalo era la inconsciencia del intelectualismo. Y la muerte, con su ineludible y fría presencia, era un aviso. He aquí, visto desde este ángulo, el proceso de la crisis de 1897, en la que don Miguel imploró desesperadamente la fe y trató de reconquistar la fe de su niñez con su mejor disposición de espíritu. Y su alma dolorida, ante el silencio de Dios, adquirió una *resignación activa,* mantuvo una *desesperada esperanza,* postuló una *moral de batalla* para merecer la inmortalidad.

---

(28) *Poesías,* Bilbao, José Rojas, 1907, p. 255-256. Quizá simbolizando la fe perdida, la gracia no alcanzada, aparece en el drama *Soledad* la tragedia del recuerdo de un hijo muerto. Soledad —nombre simbólico— vive obsesionada por la muerte de su hijo y lanza a la acción al marido.

2. *La neurosis cardíaca.*

Por la carta que Mario Sagarduy escribe a Unamuno el 14 de noviembre de 1896 se sabe que a finales de aquel año don Miguel se quejaba de su salud. Y por la que le escribe el mismo corresponsal el 1 de mayo de 1897 se tiene la certidumbre de que Unamuno, durante el período de la crisis, sufría serias preocupaciones por su salud:

> "Más extraño y más grave, a mi juicio, es lo referente a lo de la salud. Lo que al final de tu carta me pones me hace suponer que la conversación que me refirió Eguillor tuviste con el dentista Niño (el cuñado de Villegas) es cierta, y que has vuelto a caer en la insana manía de creerte enfermo o próximo a la muerte. Esa preocupación que nunca te ha abandonado, pues a menudo he visto en tus cartas resurgir esa vieja idea en ti, de pensar que la muerte te detendrá en breve en tus proyectos, es verdaderamente funesta, y más funesta cuanto más infundada. Jamás has tenido mejor vitola (y valga la palabreja) ni has estado más sólida y realmente sano que cuando yo te he visto últimamente y no creo que aquel robusto estado en que yo te dejé al despedirte en octubre haya sido modificado por ninguna dolencia."

Parece indudable que desde finales de 1896 Unamuno se sintió enfermo del corazón. En carta a Maragall, fechada el 15 de febrero de 1907, precisa la existencia de su neurosis cardíaca en los días de la crisis de 1897:

> "¡Y qué sentido, qué vivido aquello de la hipocondría que engendra la punzadita! Aquí donde usted me ve, sano y fuerte, he pasado por eso, por la preocupación de la angina de pecho, de un mal cardíaco, y conozco los males imaginarios. Mi mujer me curó de ello.
>
> ... ...
>
> Un día, hace años, cuando me preocupaba lo cardíaco, al verme llorar presa de congoja, lanzó un ¡hijo mío! que aún me repercute. Y ésta es mi tienda de campaña" (29).

El texto no ofrece lugar a dudas. El grito de su esposa, que recuerda fué lanzado en una de las noches de la crisis religiosa. Es decir, uno de los factores de su crisis fué la preocupación por su salud, la neurosis cardíaca de don Miguel, que quizá, por tradición oral se sabe, tuvo una pequeña base orgánica. En el *Diario* hay señales de la preocupación por su salud. Anota que tuvo noches en las que despertó con una mano dormida, lleno de tristeza, y que fué presa del terror cuando despertó con palpitaciones (*D.*, II, 6). En el drama *La esfinge,* nacido de la crisis, recogiendo sus múltiples temas articulados desde un punto de vista particular, Angel, en un largo monólogo, hablándole al corazón que vela

(29) *Epistolario entre Miguel de Unamuno y Juan Maragall,* Barcelona, Edimar, 1951, pág. 56. En adelante, *EpM.*

mientras la razón duerme, dice: "¡Y con tanto anhelar derramarte me ahogas..., sí..., me ahogas!" (30). En 1897 su neurosis cardíaca constituía otra manera, y verdaderamente personal, de estar frente a la muerte. La caducidad propia lo lanza a buscar por los caminos de la fe una *realidad salvadora,* un Dios inmortalizador. Así las voces *corazón, cardíaca, sentimiento,* nacen, opuestas a las negaciones de la razón y a sus insensatas seguridades, de una fuente concreta. El *corazón* es el hombre ante el riesgo de la muerte, es el hombre que no se resigna a morir y que, desde su personal caducidad, se lanza a la búsqueda de la salvación en Dios. El *sentimiento* es el sentimiento real y concreto de la muerte.

3. *Concepción: esposa y madre.*

Sin pretensiones de hacer una novela romántica de la vida y obra de Unamuno, puede afirmarse, sin lugar a dudas, que el amor a Concepción Lizarraga tiene una importancia fundamental para la comprensión de don Miguel. Concepción está presente en la aventura intelectual y religiosa de Unamuno desde los años de la adolescencia (31). Aunque es difícil caracterizar aquí fielmente un riquísimo proceso necesitado de exposición histórica, trataremos de hacerlo a partir de los elementos necesarios para entender su presencia en la crisis de 1897. En todo el proceso de acercamiento al cristianismo existe una clara influencia de su novia y esposa. Es ella quien salva a don Miguel de su soledad, sirviendo de puente hacia la realidad, hacia el prójimo y hacia Dios (32). Y fué precisamente en las horas angustiosas del estallido de la crisis de marzo de 1897 cuando don Miguel descubrió plenamente todo lo que significaba en su vida el amor de Concha, su vieja costumbre.

En un texto de marzo de 1912, impersonalizando el relato, Una-

---

(30) Cito por tercera redacción manuscrita inédita; Act. I, esc. XIII, p. 48. Cf., Carta de Unamuno a Pedro Corominas, 15 de diciembre de 1899.

(31) En *Una desconocida "Filosofía Lógica" de Unamuno* señalo la importancia del amor de Concha en su descubrimiento de la existencia. En 1886, el amor obliga a Unamuno a reparar en la realidad que escapa a su racionalismo, a postular la inmortalidad y a buscar la fe.

(32) La experiencia del amor es una de las cosas fundamentales que separan a los espíritu gemelos de Kierkegaard y Unamuno. Para Kierkegaard la ausencia de Regina Olsen, según reconoce en su diario, era un vacío que le impedía relacionarse íntimamente con el prójimo; la presencia de Concepción hace posible tal relación. A través de ella Unamuno encontraba la mejor y más honda manera de comunicarse con el mundo *(Vid.,* Unamuno a Pedro Corominas, carta de 6 de junio de 1901).

muno narra los momentos de angustia de su crisis y la amorosa actitud de su mujer:

> "Otra vez tengo que volver sobre lo ya dicho. Todo hombre de corazón, penetrado de la íntima soledad en que vivimos en la tierra, sobre todo un hombre como Flaubert, a quien su misma excelsitud espiritual le aislaba, tiene que sentir en toda mujer que en espíritu lo sea, en toda alma femenina, una madre. La mujer, sea madre, novia, esposa, hermana o hija nuestra, es siempre nuestra madre, es un espíritu serenador que apacigua nuestras tormentas.
>
> ...Y sé de un hombre que no acabó de descubrir la intensidad y la profundidad toda con que su mujer le quería hasta una vez en que, presa de una sofocante congoja espiritual, le abrió aquélla sus brazos al verle llorar exclamando: ¡Hijo mío! En este grito es donde descubrió, dice él, toda la profundidad del amor" (33).

La amorosa y compasiva exclamación había constituído una honda revelación para Unamuno. Siempre que la recuerde confesará el hondo sentido que tuvo para él. El 30 de octubre de 1897 Unamuno escribía a Juan Arzadun: "Gracias a la familia, a no vivir solo, no he caído en desesperación y en una vida interior tan dolorosa y terrible como la del pobre Pascal, dominado por el miedo, no por el santo temor" (34). En alguna medida el amor de su mujer le habría librado de una absoluta desesperanza frente a la muerte y lo había hecho sentirse en el umbral donde se siente el *temor y temblor*. Narrando la crisis a Jiménez Ilundain, en carta fechada el 3 de enero de 1898, le comunicaba: "Entonces me refugié en la niñez de mi alma, y comprendí la vida recogida, cuando, al verme llorar, se le escapó a mi mujer esta exclamación, viniendo a mí: "¡Hijo mío!" Entonces me llamó hijo, hijo" (35). A Pedro Corominas le decía, en carta de 11 de enero de 1901: "Jamás olvidaré el tono con que en cierta ocasión..., al verme llorar exclamó: ¡Hijo mío! Me llamó hijo y será verdad; debo ser hijo suyo, hijo espiritual, en no poco de lo bueno que tengo hoy." Aquel grito, dice en carta de 15 de febrero de 1907 a Maragall, "aún me repercute" (36). Efectivamente, aquel grito que repercutía en el corazón de don Miguel muchos años después de 1897, aparece en un

---

(33) *Cartas a mujeres*, en *De esto y aquello*, Bs. As., Subamericana, 1953, t. III, p. 234-235. En adelante citaremos la colección *DyAq*.

(34) *Sur.*, 119, p. 53.

(35) *EpJim.*, 260. Presencia de Concha en la crisis y recuerdos de la exclamación: Telesforo Aranzadi a Unamuno, 17 de junio de 1897; Blanca de los Ríos a Unamuno, 20 de diciembre de 1898; Unamuno a *Clarín*, 9 de mayo de 1900 (*EpCl.*, p. 89); Unamuno a Maragall, 15 de febrero de 1907 (*EpM.*, p. 56); Pedro Corominas a Unamuno, 18 de mayo de 1934, y Unamuno a P. Corominas, 26 de mayo de 1934.

(36) *EpM.*, p. 56.

fruto de su crisis de 1924-25. En *Cómo se hace una novela* aparece un texto profundamente significativo:

> "Mi verdadera madre, sí. En un momento de suprema, de abismática congoja, cuando me vió en las garras del Angel de la Nada llorar con un llanto sobrehumano, me gritó desde el fondo de sus entrañas maternales, sobrehumanas, divinas, arrojándose en mis brazos: "¡Hijo mío!" Entonces descubrí todo lo que Dios hizo para mí en esta mujer, la madre de mis hijos, mi virgen madre, que no tiene otra novela que mi novela, ella, mi espejo de santa inconciencia divina, de eternidad" (37)

Es necesario penetrar en la honda raíz de las declaraciones de Unamuno sobre tal incidente histórico —y *eterno,* diría don Miguel—, intentando una reconstrucción de la problemática situación en la que se inserta aquel grito de amor y compasión y el valor que dentro de ella adquiere.

Don Miguel sentía sobre sí el peso del absurdo de la muerte. Estaba bajo las garras del Angel de la Nada. Impotente, desesperado, ante el acabamiento total, llora con 'llanto sobrehumano' ansiando la salvación, buscando una 'realidad salvadora' más allá del hombre mismo. No hay razón humana que le preste esperanza; necesita la fe. Su corazón busca al Padre que lo salve de la muerte. Vive dolorosas angustias ante el silencio de Dios. Su radical soledad le arranca lágrimas de desesperación. El "¡Hijo mío!" de Concha nace de unas 'entrañas sobrehumanas, divinas', como respuesta que le presta íntima compañía. La caridad fraternal de su mujer creyente lo salva en alguna manera de la soledad porque en algún modo es la 'respuesta' —aunque él no quisiera *más mensajero ni mensaje*— que el Padre ha hecho en barro humano y voz humana para él. Aquel grito, además, *lo hace hijo,* hace palpable para él la relación con el amor del Padre, sobre todo si se considera que la posibilidad de sentirse hijo en aquel momento le ayuda a reconquistar la fe de su infancia y su ser de hombre engendrado desde la eternidad. Sentirse hijo le ayuda a remontar la historia y la conciencia orgullosa cerrada sobre sí misma para llegar a la íntima, 'inconsciente' actitud de entrega mística a la voluntad del Padre. De otro lado, dentro de su vida cristiana, es posible afirmar

---

(37) Bs. As., Alba, 1927, p. 102-103. En otras obras aparece el recuerdo de la escena de la crisis con el inconfundible grito histórico. *La esfinge,* Act., 2, esc. II, p. 56 y Act., 3, esc. VI, p. 134 y 135; *Amor y Pedagogía,* Bs. As., Espasa-Calpe, 1946, p. 126; *Niebla,* Bs. As., Espasa-Calpe, 1950, p. 74; *Dos madres,* en *Tres novelas ejemplares y un prólogo,* Bs. As., Espasa-Calpe, 1950, p. 49; *Abel Sánchez,* Bs. As., Espasa-Calpe, 1952, p. 48; *Soledad,* en *Teatro,* Barcelona, Juventud, 1954, Act. 3, esc. V, p. 145; *El hermano Juan,* Madrid, Espasa-Calpe, 1934, Act. 1, esc. I, p. 47-48.

que su profundo amor a María funda el amor a Concepción. La Virgen Madre, la ternura de ella, su *fiat* humilde que hace posible la redención preñan de valor sacramental el hogar de don Miguel (Sobre María, *D.*, I, p. 33-36, 37 y 81).

No existe, pues, un recuerdo sensiblero de escenas intrascendentes ni una supervaloración emotiva de incidentes prosaicos. La honda raíz de los hechos históricos que Unamuno confiesa y literaliza está insertada en una riquísima experiencia interior que es necesario comprender antes de ordenar y valorar su literatura y su pensamiento.

Finalmente, conviene advertir en qué medida las prosaicas preocupaciones familiares, la cotidiana responsabilidad del hogar, produce en Unamuno, espíritu hondamente preocupado, una especie de capa protectora para su callado diálogo poético. El cree útil para la maduración de las consecuencias de la crisis estas condiciones exteriores que lo obligan a dejar reposar sus íntimos procesos (38).

4. *P. Juan José Lecanda.*

El P. Juan José Lecanda había estado en íntimo contacto con la juventud bilbaína de la época. Declaraba en agosto de 1931, al comentar un libro de Azaña, sus relaciones con el 'heterodoxo' Miguel de Unamuno y el afecto que hacia él conservaba (39).

En 1889 Unamuno dedicó su artículo "Castilla y Vizcaya" (40) al viejo amigo. Al iniciar el artículo el autor declaraba haber pasado en Alcalá de Henares, con Lecanda, los dos primeros días de noviembre de 1888 y los tres primeros del mismo mes de 1889 (41).

El 4 de abril de 1892, cuando don Miguel relata en su artículo "Tiempos medios, VI" sus experiencias de miembro de la Congregación Mariana de los Luises de Bilbao, al hablar de los frutos que recogió en la Congregación, decía: "Y de ella saqué otro fruto, y es la amistad sincera y valiosa de aquel director *dictatorial*, de mi buen don

(38) Cartas a Jiménez Ilundain, 25 de mayo de 1898 y 23 de diciembre de 1898 *(EpJim*, p. 264 y 275). Cf. Unamuno a Pedro Corominas, 17 de mayo de 1900 y 11 de enero de 1901.

(39) Recojo el dato de un recorte periodístico. No he podido averiguar a qué diario pertenece. Pedro Mugica, desde Berlín, advierte a Unamuno, en carta de 25 de diciembre de 1891, que Lecanda es amigo suyo, y en carta de 4 de noviembre de 1901 le dice que don Juan José era de su "cuerda".

(40) Subtítulo *En Alcalá de Henares*. Llevaba la siguiente dedicatoria: "A mi muy querido amigo D. Juan José Lecanda". En *El Noticiero Bilbaíno*, 18 de noviembre de 1889, *Hoja literaria* núm. 510. Este artículo fué recogido en *De mi país*. Vid., *Obras completas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1951-7, t. I, p. 214-229. En adelante *Oca*.

(41) *Oca.*, I, p. 214.

Juan José Lecanda, a quien pido perdón por haber sacado indiscretamente a luz sucesos de aquellos felices días" (42). En las modificaciones que sufre este artículo para integrar el libro *Recuerdos de niñez y mocedad* la redacción está afectada en cuanto a la forma, pero no en cuanto al fondo: "y de entonces data la preciosa amistad que me une al que fué durante algún tiempo su director" (43). Una honda amistad, nacida en la adolescencia de don Miguel, se mantenía entera, a pesar de los años.

Por carta de Bernardo Rodríguez Serra a Unamuno, fechada en Barcelona el 9 de mayo de 1895, se puede afirmar que aquel año don Miguel visitó a Lecanda. Hay que reparar, ante este dato, que en 1895 se inicia el proceso que he denominado *antesala* de la crisis de 1897.

En 1897, recibida la carta de Unamuno, el 23 de marzo Lecanda se hace cargo de los procesos espirituales de su amigo. La carta, que apresuradamente escribe a Salamanca, dice lo siguiente:

> "Acabo de recibir tu carta.
>
> Te espero aquí, sin falta, en cuanto tomes las vacaciones de Semana Santa.
>
> Esto está muy aceptable.
>
> Entre tanto, prohibición absoluta y terminante de ponerte a pensar sobre la situación de tu espíritu y de estudiar y escribir de nada.
>
> Pasea mucho con tu muger *(sic)* y tus chicos; date a ellos y procura distraerte, aunque, dado tu carácter taciturno, te costará el hacerlo.
>
> Cuando me escribas acusando recibo de ésta, que tu muger *(sic)* escriba comprometiéndose a darme noticia de si cumples con lo que te prescribo. Con que hasta que te vengas por aquí. ¡Cuidado con *chifrarse!*
>
> Besos a los chicos y mis afectos a tu muger *(sic)*. Adiós, y vuelvo a decir que te espero por aquí, sin falta."

Don Juan José Lecanda lo invita a ir a Alcalá en vacaciones de Semana Santa y trata de tomar todas las precauciones pertinentes para que don Miguel no se encuentre solo en su proceso espiritual durante los días que debe permanecer todavía en Salamanca. Con sus recomendaciones procura detener, apaciguar el proceso. Preocupado por todos los detalles, llega a indicar en una postdata la conveniencia de que la madre de Unamuno viaje a Salamanca para hacer compañía a doña Concepción mientras don Miguel permanezca en Alcalá de Henares. Al parecer, se cumplieron los deseos de Lecanda, y Unamuno, aprovechando las vacaciones, viajó a Alcalá de Henares. En el *Diario* aparece una referencia a don Juan José con las iniciales *D. J. J.* (*D.*, I, 98).

---

(42) En *El Nervión*, Bilbao, 4 de abril de 1892. Fué recogido en *Recuerdos de niñez y mocedad*, 2.ª parte, cap. VI.

(43) *Oca.*, I, p. 90.

Ignoramos qué tipo de dirección espiritual existió durante el período de la estancia en Alcalá y durante el tiempo posterior a aquélla. Lecanda fué el único sacerdote que tuvo, al parecer, real intervención en los días de la crisis (44), pero no se sabe qué influencia ejerció ni las dificultades que encontró en su labor. Aunque desconocemos noticias que serían muy importantes para un mejor conocimiento del proceso espiritual de Unamuno, queda, sí, el precioso dato de que Lecanda consideraba 'heterodoxo' a don Miguel. Es decir, este dato permite asegurar —confrontado con otros, naturalmente— que don Miguel se movió dentro de un terreno auténticamente religioso, cuyo sentido exacto es preciso analizar después.

Quien conozca el espíritu de don Miguel reconocerá lo difícil que era encontrar un guía apropiado para él. Naturalmente, un guía en el sentido auténtico que el católico le da dentro del diálogo del hombre y Dios. Hace falta tener presente la terrible sequedad interior de Unamuno, fruto de cierto 'puritanismo' —aún católico— familiar heredado, que exigía una gran dosis de ternura. Hay que tener presente también su vigorosa y cultivada inteligencia, su aguzada autocrítica, su extremosa concepción de los fenómenos del espíritu y de la fe. Para estar al lado de Unamuno en esos días hacía falta unas condiciones intelectuales de excepción, una caridad rebosante —paciente y severa al mismo tiempo— y una grande experiencia religiosa de los misterios de la búsqueda y la gracia, además de un profundo conocimiento del alma humana.

Años más tarde, Juan José Lecanda fechaba en Alcalá, el 1 de diciembre de 1903, una carta a Unamuno quejosa de su olvido: "Estoy por desearte una murria gorda, muy gorda, como la que viniste a pasarla a mi lado, porque sin estímulos de esta especie olvidas, por lo visto, a un amigo que tanto te quiere" (45).

5. *Lecturas.*

Según se desprende de la carta que Leopoldo Gutiérrez escribe a Unamuno el 31 de marzo de 1897, durante los dos meses anteriores a marzo de aquel año don Miguel había leído casi solamente los Evan-

(44) El P. José García Galdácano, amigo de Unamuno, le escribía el 19 de mayo de 1897 aconsejándole buscase un director espiritual y le recomendaba consultar sobre ello con el Obispo de Salamanca.

(45) Quizá Unamuno perdió la confianza en la discreción de su amigo Lecanda. Valentín Hernández le había escrito, indignado por las noticias que corrían sobre su crisis, el 18 de abril de 1897, lo siguiente: "Ha bastado para ello una carta del fraile señor de Lecanda dando cuenta de su estancia en Alcalá a algún amigo a quien habrá escrito por otro motivo."

gelios y la *Imitación de Cristo*. Pensando en que a Dios se va por Cristo, Unamuno escribía en el *Diario* que la lectura del Evangelio, "sobre todo en momentos de aflicción, habrá hecho más que todas las pruebas cosmológicas, teleológicas y morales" (*D.*, II, 18). Ahora bien, hondamente afligido, leyendo los Evangelios Unamuno encontró la persona viva de Jesús, consuelo de los afligidos, que lo acercó al Padre. De su constante meditación sobre los Evangelios en los días de la crisis nacen sus *Meditaciones evangélicas*. Esbozos de ellas se encuentran en el *Diario*. Unamuno medita particularmente sobre el Evangelio de San Juan atraído por su profundidad y su belleza. Del capítulo tercero del cuarto Evangelio nace *Nicodemo el fariseo* (*D.*, IV, 61-64), y del cuarto capítulo, *La samaritana* (*D.*, IV, 64-70 y adiciones en 77-78).

Unamuno encontró en el Nuevo Testamento un personaje ejemplar que le enseñaba cómo acercarse a Jesús y ser otro Cristo y constituirse en apóstol suyo. Una carta sin fecha de José María Soltura a Unamuno, escrita después del 4 de enero de 1897 (46) y posiblemente antes de la crisis, ofrece este precioso dato sobre la atracción que San Pablo ejercía en don Miguel: "Tiene usted razón al admirar a San Pablo." El *Diario* revela en qué medida había un evidente influjo de San Pablo. Unamuno reflexiona hondamente, con vivo sentimiento de emulación, sobre la conversión de Paulo de Tarso al leer el capítulo IX de los *Hechos* estableciendo un paralelo con su propia 'conversión' (*D.*, IV, 21-22) (47). La meditación evangélica *La conversión de San Dionisio* —quizá *San Pablo en el Areópago* sea otro título del mismo intento o una diferente perspectiva para otra meditación— iba a surgir de estas reflexiones sobre la vida de San Pablo, particularmente de su predicación en Atenas narrada en el capítulo XVII de los *Hechos*. Unamuno establecía con indudable acierto comparaciones entre las dos

---

(46) Escrita luego del 4 de enero de 1897, pues habla de la carta de Alejandro Guichot, fechada en Sevilla aquel mismo día, que había recibido Unamuno.

(47) Cabe preguntarse en qué medida el autobiografismo desarrollado en *Paz en la guerra*, con aquel zahondar en recuerdos infantiles, el examinarse por dentro y el ser "fiel" a los recuerdos en el relato, influyó en su espíritu. El 17 de junio de 1892 escribía a Juan Arzadun: "Todo el fruto que podría darme mi novela me está dando, su labor deja huella en mi espíritu y aunque ahora la queme o la haga trizas sacaré de ella todo el provecho interior que puede sacarse. Pero como no debemos ser egoístas, la largaré por ahí a ver si a otros les lleva un poco de lo que a mí me ha dado y despierta en ellos cosas dormidas. ¡Cuánto me ha enseñado mi obra!" (*Sur.*, 119, p. 50). La novela recibió la redacción definitiva en el verano de 1896 en una aldea de Vizcaya (a *Clarín*, 31 de diciembre de 1896, *EpCL.*, p. 71). Es decir, la novela recibió la última redacción en la *antesala* de la crisis.

épocas históricas y sentía la necesidad de un auténtico apostolado cristiano que retomase al hombre neopagano de su época. Util para descubrir el sentido de la misión que trataba de señalarse a sí mismo es la declaración que hace a Juan Arzadun en carta del 30 de octubre de 1897. Hablando de la meditación citada decía:

> "Así sucede hoy que muchos adoradores del Inconocible a quien elevaron un ara entre otras tantas aras como el diletantismo recoge oyen por dentro de sí la voz del Apóstol. ¡Ojalá salga de todo ello un nuevo San Dionisio como del diletantismo ateniense salió!" (48).

En este mismo sentido, meses más tarde, en carta de 3 de enero de 1898, le decía a Jiménez Ilundain, tratando de orientar la 'crisis' de éste con el relato de la suya propia: "Resuena en las almas la voz de San Pablo" (49). Jiménez Ilundain le contestaba en carta inédita, sin fecha (50), preguntándole: "¿Dónde están los San Pablos de hoy?" A esta pregunta respondía Unamuno con su intención de dar testimonio vivo, dentro de la línea apostólica paulina, en el siglo que le tocó vivir.

En el acercamiento de Unamuno al cristianismo quizá intervino alguna otra lectura. José María Soltura le escribe en una carta sin fecha, posiblemente escrita después de terminar las labores de la edición de *Paz en la guerra,* lo siguiente: "No conozco las obras de su Juan Bautista que usted me cita en su carta." Después le cuenta que ha visitado a García Galdácano y que éste le había prestado *Todo por Jesús,* del P. Faber. Sin embargo, al no estar relacionados los elementos citados sólo permiten una prudente hipótesis. En carta del 4 de febrero de 1897, fechada por don Miguel al recibirla, Soltura confesaba a Unamuno: "El Padre Faber no me resulta en su *Todo por Jesús.* Si se atiende a las citas contenidas en el *Diario* de 1897, en el que creemos que inevitablemente deben aparecer las lecturas más relacionadas con su estado espiritual, se halla la 'presencia' del P. W. Faber. En el cuaderno primero las citas de Faber llegan a superar a la de la *Imitación*" (51).

---

(48) *Sur.,* 119, p. 58.

(49) *EpJim.,* p. 256 y ss.

(50) *Cf.* la carta de *EpJim.* Hernán Benítez publicó los borradores de las cartas de Jiménez Ilundain a Unamuno. Alguna vez de un borrador nacen dos cartas enviadas. Las cartas enviadas tienen muchas variantes a veces. Por falta de borrador han quedado inéditas varias cartas. La traducción alemana: *Briefwechsel mit seinem Freund dem Landsmann Ilundain,* Nürnberg, *Glock und Lutz,* 1955, fué hecha sobre la edición de Benítez.

(51) Es posible que Unamuno hubiera recomendado la lectura de las obras del P. Faber a Leopoldo Gutiérrez. Este, en carta sin fecha, escrita probable-

IV. Incubación de la crisis.

El proceso del acercamiento de Unamuno al cristianismo fué lento y paulatino, lleno de dificultades. En su primer paso de acercamiento, 1884, debió privar un cierto arrebato puramente sentimental y también, en algún modo, el compromiso que le creaba su noviazgo con una mujer creyente. En 1886 su intelecto estaba ya preparado para insertarse en Cristo. Sin embargo, las tendencias sociales del humanismo ateo, actuando sobre su condición de típico burgués de agitación en lucha por el *modus vivendi,* lo mantuvieron alejado del cristianismo varios años más. Desde 1895 vuelve a iniciar un movimiento hacia la fe. Los años 1895 y 1896 constituyen la *antesala* de su *inserción* de 1897. Estos procesos, que tuvieron lugar entre los treinta y los treinta y dos años y medio de su vida —casi a los treinta y tres ocurrió el estallido del proceso—, posiblemente serían relacionados, en algún modo, por la amorosa imaginación simbólica de don Miguel con la vida de Cristo. Autorizan a pensar en este tipo de asimilaciones místicas otras análogas que aparecen en el *Diario* (*D.*, I, 80, y II, 96-98).

Lo que puede llamarse el *estallido* de la crisis, que ocurrió en marzo de 1897, sorprende a Unamuno. Lo coge de súbito el terror a la muerte cuando iba en busca de la gloria (*D.*, IV, 21), cuando menos lo esperaba, sin preparación ni anuncio (*D.*, IV, 45-46), "de un modo violento y repentino" (52). Esta declarada sensación de sorpresa revela la espontaneidad del fenómeno. Pero, a la vez, aquel presente crea rápidamente un pasado que le pertenece. Cuando don Miguel vuelve la vista atrás reconoce una clara incubación de su nueva vida. Aquí interesa, sin reparar en límites temporales, examinar la conciencia que Unamuno cobra de la incubación misma del estallido. El hecho mismo de criticar y asumir su vida anterior en un nuevo sentido de testimonio cristiano lo estudiaremos al analizar la manera en que la crisis compromete la vida de Unamuno.

En el *Diario* aparece una acertada y concisa expresión de la sorpresa, del reconocimiento de la incubación y de la instalación de Unamuno en un nuevo 'estadio' de la vida: "La crisis venía incubándose lentamente y no he comprendido su incubación hasta que ha estallado. Me encuentro en otro país, con otros horizontes, con otra vida"

---

mente después del 16 de mayo de 1897 y antes del 23 de diciembre de aquel año, relataba a Unamuno su visita al P. García Galdácano y lamentaba que no le hubiera prestado obras de Faber. Creemos que las obras de Faber influyeron grandemente en Unamuno. En el *Diario* aparecen numerosas citas de varias obras del famoso converso.

(52) *EpJim.*, p. 260. Vid., *Cor.*, III, 106: "descarga fulminante".

(*D.*, III, 26). Las imágenes empleadas son certeras. Un real y efectivo proceso que 'incuba' y 'estalla'. Y hallándose don Miguel en otro 'lugar', frente a otras 'perspectivas', en una nueva 'vida', se siente algo así como un poco extranjero. Don Miguel comunicaba a su amigo Juan Arzadun, en carta de 30 de octubre, cómo veía la unidad de su vida, en qué medida la experiencia de 1897 no era sino 'vivificación' de su más entrañada vida íntima:

> "Cuando vuelvo mi vista atrás y veo el camino recorrido se me aparece claro que cuanto hoy siento y pienso no es más que coronación, complemento y vivificación de mi anterior vida íntima, purificación de ella. *Bien puedo decir que no es una derogación, sino cumplimiento de* mis tendencias" (53).

Tras la sorpresa Unamuno empezará a reconocer el proceso de la incubación. Apenas iniciado el *Diario* recuerda una experiencia suya. En una circunstancia anterior quizá a 1897, había sentido desbordársele la honda generosidad humana ante el dolor del prójimo. Cuando de nada le servían sus vanas doctrinas, del fondo de su corazón había brotado la plegaria "como testimonio del Dios Padre que oye nuestras súplicas". Sin embargo, había tratado de explicar este movimiento íntimo de elevación a Dios mediante criterios racionalistas. No alcanzaba entonces a ver la verdad que encerraba su impulso de piedad, que lo ponía en diálogo con Dios "sin sombra de vanagloria ni de propia complacencia, sin eso que se llama altruísmo y es comedia y mentira" (*D.*, I, p. 1-3. Cf., III, 74-75) (54).

Reconoce que en el plano de la acción social su "constante propaganda por el socialismo elevado, noble, caritativo" ha sido una "bendición" para su alma que, en medio de la miseria de su espíritu, había conservado, "por gracia divina, un fondo de nobleza y abnegación" (*D.*, III, 64-65).

En el plano intelectual reconocía la presencia de un sentimiento religioso en muchos de sus trabajos. Llegaba a señalar a don Gumersindo Solís, según se desprende de la carta que éste le escribe el 6 de junio de 1897, párrafos claves de su novela *Paz en la guerra,* para que pudiese entender, con dichos antecedentes, la historia de su crisis. Quizá guiado también por Unamuno, al advertir el valor autobiográfico

---

(53) *Sur,* 119, 54.

(54) En la carta sin fecha escrita después del 14 de marzo de 1897 —posiblemente antes de la crisis— José María Soltura descubre la emoción religiosa que don Miguel debió confiarle. Le decía a Unamuno: "Comprendo los éxtasis campestres que experimenta usted en los paseos por esa; paseos en los que le acompañaré algún día, cuando le visite en esa. Rezaremos juntos y nos haremos inocentes, abogando por la gracia y rechazando la ley."

de *Paz en la guerra,* Corominas le escribía en carta de 27 de septiembre de 1897, refiriéndose a la crisis que ya no podía juzgar pasajera: "podía preverse desde largo tiempo si uno hubiese conocido su pasado, como ahora me parece entreverlo en su propio libro".

El 30 de octubre de 1897 Unamuno explicaba en carta a Juan Arzadun: "Y eso que siempre han tendido a sermón mis artículos más íntimos" (55); y en la carta de 3 de enero de 1898 declaraba a Jiménez Ilundain que veía en sus escritos el desarrollo interior de la crisis (56). A este largo proceso de incubación pertenece, por ejemplo, la historia de su artículo "La fe". Conozco alguna redacción de él anterior al año 1891. El tema de sus notas sobre la fe aparecerá diluído en *Paz en la guerra.* En enero de 1897 aparecen sus meditaciones sobre la fe en el artículo "¡Pistis, no gnosis!" encabezado por un epígrafe paulino (57). Quizá Jiménez Ilundain se refería concreta-

---

(55) *Sur,* 119, p. 57.

(56) *EpJim.,* p. 260.

(57) En *Revista Iberoamericana,* Madrid, 30-I-97. Recogido en *DyAq.,* III, p. 507-513.

El problema de la formulación unamuniana de la fe es arduo y espinoso. Su primera incursión en el protestantismo podrá fecharse hacia 1882 al iniciarse el abandono del catolicismo. El carácter vascongado y la modalidad del catolicismo familiar heredado le había dotado de una concepción católica, sí, pero "inflexible" de la moral. La insistencia moral del catolicismo español reforzaría, en algún modo, su íntima concepción. En su inicial desvío del catolicismo hay una desesperación dentro de su rígida moral —moral algo jansenista, aunque por cierto todavía católica— al sentir en la conciencia del pecado, según haré la historia en su día. En el *Diario* confiesa que el primer dogma que rechazó fué el del infierno *(D.,* I, 57-59), lo que prueba evidentemente el fenómeno que señalamos. Indudablemente, en su desesperación se refugió en las doctrinas protestantes de la radical maldad de la naturaleza y de la *confianza* en Dios.

Ahora bien, su concepción de la fe, que recoge fórmulas protestantes, nace en un período caótico de humanismo ateo y de esfuerzos por volver a la fe. Creo, sin embargo, que ya en el período de la antesala esas formulaciones no intentan ser teológicas. E, indudablemente, a partir de 1897 son una extraordinaria descripción antropológica y no una formulación teológica condenable. Unamuno no habla, no podía hablar, de la virtud teologal de la fe. Uno de los últimos y más trabajados estudios sobre este problema olvida, como siempre lo hizo la crítica, el claro deslinde que Unamuno establece entre el "querer creer" y la gracia de la fe en un ensayo que nace del *Diario.* La meditación evangélica *Nicodemo el fariseo* estuvo siempre al alcance de la crítica. Carla Calvetti en *La fenomenologia della credenza in Miguel de Unamuno* (Milano, 1955) se sorprende de algunos distingos que Unamuno hace después de 1920 sin reparar en este texto fundamental dado a conocer en 1899: "Pero la fe no es voluntaria; se debe a gracia, y si no la tengo, ¿qué hacer?" *(Obras selectas,* Madrid, Pléyade, 1946, p. 884). Esta sola frase que aparece en un texto

mente a este artículo —o estaría enterado de una evolución casi total desde principios de 1897— cuando al escribirle desde París el 30 de enero de 1897 le decía:

> "Sus escritos de V., lo mismo antes que después de su evolución de principios de año, me encantan, y esto ni antes ni ahora lo he podido disimular, ni encuentro motivos para ello.
>
> A unos con sorpresa y a otros en son de censura, he oído hablar acerca de su diferente manera actual de ver las cosas tejas arriba."

Refiriéndose explícitamente al trabajo citado declaraba en carta de marzo de 1897 que había algo en él que le traía a la memoria "un sermón de fraile en tiempo de misiones y con el Cristo en la mano".

Sobre "¡Pistis, no gnosis!" lanzaba su duro anatema Urbano González Serrano en carta de 3 de marzo de 1897. No le agradaba el misticismo originado en "un cierto estado febril de la mente", con que se presentaba la "necesidad *científica* de una restauración idealista". Unamuno debió explicarle epistolarmente el sentido que en aquel momento daba a sus doctrinas sobre la fe. Indudablemente que dicho sentido sería otorgado por el hombre que todavía no había padecido la experiencia decisiva de su vida. El 14 de marzo, González Serrano escribe a Unamuno una nueva carta rechazando las explicaciones de don Miguel. Es difícil poder reconstruir a través de ella y sin conocer la carta de Unamuno, lo que don Miguel le habría confiado sobre sus concepciones filosóficas y religiosas. Se puede sospechar, sí, que el corresponsal no lograba entender claramente algún planteamiento vigoroso —antes de que estallara la crisis— de las "contradicciones agónicas" entre la razón y la fe de Unamuno (58).

---

donde se postula lo que llamo una *moral de batalla* —que está lejos de ser una moral sin Dios— para merecer la gracia de la fe y la inmortalidad obliga a revisar los estudios dedicados a la descripción de la fe que hace Unamuno.

(58) "No me convencen (ni aun tocados del subjetivismo personal con que los adereza) sus anhelos místicos y no los siento casi nunca (verdad es que me crié sin madre), pues mi emancipación del dogma fué rápida, por obra exclusivamente mía y propia y aún anterior al bautismo de la ortodoxia krausista.

Si la Metafísica es la ciencia perezosa, como ha dicho algún humorista, más perezoso aún es el misticismo, cuya actividad febril se mueve en el vacío.

Sería muy largo debatir la *posición filosófica* que V. toma. Por idiosincrasia me repugnan el fenomenismo y la concepción mecánica. Soy partidario de un panpsiquismo dinámico que impulsa a la evolución y *hace al ser* (al ser colectivo), que lo hace progresivamente, condensando en los límites de la individualidad, semejantes al *caontchon (sic)*, cada vez mayor realidad y más número de relaciones. Y en aspecto religioso, que sólo concibo como sinceridad y moralidad científicas, mal *verismo* de resignación activa, me atengo a la hermosa frase de Proudhon, que he transcrito y comentado en la crítica religiosa de mis

Esta larga y clara incubación debió poner en sospechas a muchos de sus amigos. Vistas desde ellos resultaban "extrañas y peligrosas" muchas de las actitudes vitales e intelectuales de Unamuno. Era don Miguel quien, por timidez, por una natural inconciencia previa al cambio de "estadio" no veía su propia evolución y negaba toda posibilidad de que existiera. Es curioso observar que con anterioridad a la "experiencia" de marzo de 1897, cuando sus amigos le advertían el peligro del misticismo de su novela, don Miguel, tímido y cómodamente instalado en otro "estadio", declaraba su *seguridad* frente a las inquietudes religiosas. Jiménez Ilundain, tras reprochar el "misticismo" de *Paz en la guerra* —y del conjunto de sus producciones—, escribía a Unamuno en una carta sin fecha, anterior al 30 de enero de 1897:

> "Si de las religiones le encanta a V. la poesía, lo artístico, etc.. no nos lo diga a los prosaicos porque confundiremos los extremos y hará que se nos revuelva el pozo religioso y nos convirtamos en masculladores de palabras, en rezadores de rosarios. Y cuídese no se le afloge *(sic)* algún tornillo, allá a la vuelta de unos años, y concluya V. la vida pasando cuentas" (59).

Don Miguel había respondido, según recuerda en el *Diario,* "que no corría ese riesgo porque había echado la cabeza de la solitaria" *(D.,* I, 11). Jiménez Ilundain preguntaba con escepticismo en una carta de últimos de marzo de 1897 si realmente había echado ya la cabeza de la solitaria y le deseaba que no se reprodujera.

Para varios amigos de Unamuno la crisis de marzo de 1897 no fué una sorpresa. Jiménez Ilundain había dicho a don Miguel en la carta sin fecha anterior al 30 de enero de 1897 que en su novela *Paz en la guerra* y en otras producciones —y conversaciones— había "una atmósfera de misticismo que... hiede". Decía: "Usted es ateo, es decir, su inteligencia, pero su alma (pase la palabra) es religiosa, creyente,

---

"Cuestiones Contemporáneas". Esta carta que Urbano González Serrano escribe a Unamuno el 14 de marzo de 1897 permite adivinar el estado espiritual de Unamuno, próximo al estallido de la crisis, pero no permite reconstruir seriamente dicho estado. Sin embargo, limita los alcances del párrafo de esta otra carta del mismo corresponsal, fechada el 29 de octubre de 1897: "Es tan extraña, tan rápida (no hacía 4 días que había yo recibido su célebre programa de fenomenismo escéptico) y tan de *fond en comble* que lo mismo puede estimarse pasajera cual nube de verano que petrificación en el hombre viejo, si es que V. sólo le renovó en la epidermis y en un traga-libros, cuya virtud educadora quedase esterilizada."

(59) El texto citado aparece en el borrador publicado sin el tono directo que tiene en la carta enviada. Cf., *EpIím.,* p. 247-248.

mística" (60). Por ello, años más tarde, en carta de 22 de mayo de 1902 le decía a Unamuno que volvería a "caer" como había caído en 1897: "Lo sé y lo veo, como supe, vi y le anuncié su famosa conversión, que sorprendió a muchos y a mí me pareció la cosa más lógica y natural del mundo" (61). Desde otra actitud espiritual completamente distinta, Leopoldo Gutiérrez le escribía a Unamuno el 16 de mayo de 1897: "Créame que yo presentía y esperaba su conversión desde el verano. Creo que se lo insinué muy vagamente una tarde en el Arenal" y en otra carta sin fecha, escrita probablemente después del 16 de mayo de 1897 y antes del 23 de diciembre de 1897, le confiesa que rezaba por él y que si bien presentía su conversión desde el verano de 1896, no pensaba que fuese tan rápida. "Afortunadamente tiró usted por el atajo", concluye Gutiérrez.

Enrique Areilza, en carta del 20 de mayo de 1897, enterado de la crisis, le decía a Unamuno que había sido de esperar el desborde sentimental que, venciendo a su voluntad de vivir en la razón, hiciera brotar el fondo religioso de su educación (62) Jaime Brossa escribía a Unamuno el 13 de junio de 1897, haciendo estas valiosas observaciones:

> "Sí, mi querido amigo, no me cogió de sorpresa que V. sufriera un *cambio,* pues hacía mucho tiempo que veía en V. cómo se acentuaba la tendencia marcadamente mística, pero lo que sí me sorprendió que cayera del lado del *catolicismo,* o sea del *teologismo histórico.* Yo le creía un místico viviente, apasionado, como lo son Luis de León y Carlyle, cada uno por su estilo, un hombre que pensaba mucho en Dios, aunque se dijera V. ateo. Recuerdo haberlo leído en su primera carta a "Ciencia So-

---

(60) Esta variante es sumamente importante, pues revela una mejor comprensión por parte de Jiménez Ilundain. Cf., en *Eplim.,* p. 246.

(61) *EpJim.,* p. 361. Por carta sin fecha de Leopoldo Gutiérrez, probablemente escrita después del 16 de mayo de 1897 y antes del 23 de diciembre de aquel año, se sabe que tampoco fué sorpresa para José García Galdácano la *conversión* de Unamuno. José María Soltura le escribía a Unamuno el 6 de mayo de 1897: "Usted ha sido también para mí, *conejo,* no conejillo de experimentación." Dice que tenía prevista toda su evolución y lo único que le sorprendía eran los supuestos tratos con los jesuístas. El 19 de mayo de 1897 vuelve a escribirle porque don Miguel se había ofendido por las confesiones de la "experimentación". Según juzgaba Timoteo Orbe, Soltura era excesivamente superficial. El 31 de julio de 1898 Orbe escribía a Unamuno: "Soltura ha tomado en broma su *conversión;* tiene por V. una gran pasión; pero no cree en la sinceridad de sus últimas *cosas.* Si él tiene razón, yo soy un cándido, pues todo lo tomo en serio. Pero creo más en V. que en él. Le encuentro cada vez más frívolo, terriblemente egoísta, amándolo todo por delectación, sin preocuparse gran cosa del sufrimiento ageno *(sic).*"

(62) *EpJim.,* p. 246, nota 2 en p. 247.

cial". A pesar de su confesión yo veía en V. al visionario que no se contenta con la vida inmediata, con el empirismo latente de los que viven a merced del medro que les rodea, y por esto al hablar de V. con algunos buenos amigos había oído que alguno le había calificado de tolstoyano. Yo no lo veía muy claro, pues en aquella época, a pesar de que hace mucho tiempo, había sentido vivas simpatías hacia el profeta ruso, tenía cierta prevención hacia él y, en cambio, sentía fuerte simpatía hacia los entusiasmos de V."

En España, en marzo de 1897, un hombre que militaba en el humanismo ateo de su época es llamado por Dios. Don Miguel de Unamuno descubre entonces, con plena claridad, *el mal del siglo* y se entrega a la tarea de espigar las verdades cristianas deformadas por el humanismo ateo y a la tarea de devolverles el auténtico espíritu desde la revelación del Padre a través de Cristo. La viva raíz de su tarea no es de carácter intelectual aunque una expresión de ella deba serlo. A Unamuno, como hombre religioso, le interesa el hombre concreto. Unamuno siente la necesidad de rescatar al hombre que trata de construir la Torre de Babel soñando con el superhombre de Nietzsche y que ha levantado su mano deicida. Es necesario salvar a este hombre orgulloso que está al borde de suicidarse con su titanismo atrevido, que lo arranca de la fuente de su realidad. Es necesario rebelarse otra vez contra el *Fatum* pagano, no resignándose a la nada y conquistar la libertad del ser en la Providencia amorosa del Dios escondido y revelado que promete la inmortalidad. En carta de 25 de mayo de 1898 Unamuno escribía a Jiménez Ilundain:

"Aún no tenemos el cristianismo en la médula, y mientras no se haga espíritu de nuestro espíritu y sustancia de nuestra alma, la verdad evangélica, no habrá verdadera paz. El sobrehombre en que soñaba el pobre Nietzsche, el hombre nuevo, no es más que el cristiano, que no está hecho, sino que se está haciendo" (63).

Para el cristiano que ahonda en el sentido de la providencia, cada criatura guarda, sea cual fuere su libre voluntad, un sentido dentro de la continua creación de Dios. A cada criatura Dios entrega sus talentos. Y talentos son, creo, todo lo que contiene el equipaje del hombre en esta vida. Y en su equipaje está incluída la cruz misma de su natural humano herido y la cruz de su propio ser histórico. Es la cruz *nuestra* nuestro ser histórico que debemos llevar para seguir a Cristo. Quizá en Unamuno la Providencia ha mostrado al desnudo la *necesidad* de Dios y en un alma puesta en tensión por esta necesidad, muestra la más desnuda visión de *ir siendo cristiano,* día a día, con

(63) *EpJim.*, p. 264.

la dolorosa conciencia, frente a seguridades muchas veces peligrosas, de la aventura misma de padecer la locura de la Cruz, escándalo perpetuo del siglo. Creo que esta visión propia de un cristianismo auténtico, ayuda a comprender al personaje *nivolesco* don Miguel de Unamuno en su diálogo con Dios. Sólo esta perspectiva permitirá al cristiano acercarse con caridad a la problemática de Unamuno, cuyo documento más directo es el *Diario* de 1897.

Armando F. Zubizarreta G.
Libreros, 11.
SALAMANCA